

Han pasado treinta y cinco años justos. Pero es un lunes. 23 de Febrero de 1981. 23 F. Una tarde fría en Córdoba. La noche anterior el termómetro ha descendido hasta los cuatro bajo cero. Sobre las siete alguien llama a la puerta de la habitación ¡Oye, que hay un golpe de estado! ¡Que lo ha dicho la radio! Suenan los nudillos llamando en otras. Se oyen murmullos en la planta. Bajamos. Algunos se dirigen al bar. Oigo el comentario de Gloria de Ory al subir la rampa de la entrada ¡Ya la están armando otra vez los de siempre! ¡Es que no puede ser! dice seria, alarmada, con gesto contrariado. El año anterior, el ochenta, la ETA ha apiolado a noventa y tres personas; el anterior, a ochenta y cuatro. Años que llaman de plomo. En lo que va del ochenta y uno ya han caído cinco. Y no se le ve la solución. Muchos son andaluces, extremeños, paisanos de los que vivimos en el Colegio Mayor. Pero no estudiantes que viven la era despendolada de la Movida, la euforia de un tiempo estrenado, hechos a recibir estas noticias de telediario con la rutina, casi indiferencia, del que oye llover. Pero las canales han soportado más agua de la cuenta. Son guardias civiles, policías, militares. Sus compañeros están hartos de la ineficacia -cobardía, claman- del gobierno de la UCD. Y, además, están los nostálgicos del franquismo, que no perdonan la legalización del Partido Comunista y la traición de los que juraron lealtad al Movimiento Nacional y sus Principios. La Pasionaria diputada en el Parlamento. Vade retro, Satanás.

Rafael el Barman tiene la radio puesta hace rato. Está en uno de los anaqueles, junto a las botellas. Radio Nacional. El personal pega la oreja al transistor. La gente ya sabe que un piquete de la Benemérita ha irrumpido en el Congreso de los Diputados y que se han oído varias ráfagas de metralleta. Al mando, Antonio Tejero. Pistola en mano. Ese nombre -desconocido hasta ahora- será pronunciado esa noche millones de veces en España. No saben, en ese momento, que los diputados, sin rechistar, se han tirado al suelo de sus escaños. ¡Al suelo, coño! No saben, tampoco, que Suarez, Carrillo y Gutiérrez Mellado -sentado junto al Presidente- no han acatado la orden. A éste último - encarado a los asaltantes- se lo han llevado sin contemplaciones detenido. Mientras los cafés se suceden en la barra, hay una atmósfera que pasa de la sorpresa a la intranquilidad, atenuada por los comentarios ocurrentes de algunos. Ya se sabe, el humor que trata de apaciguar los temores. Y hay como un morbo por la novedad inesperada que rompe la monotonía de una tarde gris. Inconsciencia propia de la edad. Pasadas las siete, suena la primera Marcha Militar en la Radio. Quiero recordar se trata de Los Voluntarios. Alguien dice: Parece que la cosa va en serio. Se va llenando el bar sin llegar a la multitud. Se

suceden las llamadas de teléfono a los domicilios de cada uno. En algunos de los presentes quizás se entrevea una cierta simpatía por lo que pasa. Muy pocos. La mayoría guarda un tono precavido, escéptico. Y sienten un hormigueo en la barriga; como de tiempo previo a sucesos trascendentales. Se mira a los que bajando los escalones acceden al bar. Y en esas miradas que se cruzan hay un mensaje de complicidad: Todos estamos en el mismo barco. Ya ves lo que hay.

En la cafetería, adonde llegaba días antes la música -en una de aquellas fiestas- de Donna Summer o Village People, tocan hoy Ganando Barlovento. García Carrés -el ultraderechista implicado en el golpe- le dice por teléfono a Tejero, ¡Oye, Antonio, Marchas Militares en Radio Nacional!, ¡No me digas! responde animoso el Coronel ¡Moral alta! ¡Moral alta! ¡Es España, coño! sigue García- Carrés ¡Viva España, coño! contesta Tejero. El de los bigotes. Aún no sabía que iba a ser el chivo expiatorio. Que lo iban a dejar sólo con sus leales de las camionetas en un amanecer de tiritera y coñac. Y a verlas venir.

Son más de las ocho. El comedor abre a su hora. Hay personal que ya está cenando: los que no cambian sus costumbres así les caiga a una cuarta la bomba de Palomares. El ambiente en el bar es de expectación contenida. Ha cesado la música marcial. No se reciben nuevas a favor del golpe y corre la sensación de un punto muerto en los acontecimientos. Se habla con mesura. Cada cual defiende su punto de vista. No hay gestos estrafalarios. Algunos comentan que acabará bien porque es algo que ya no encaja en la sociedad que vivimos. Un sinsentido, con la integración en Europa a las puertas. Todo se reconducirá. Las aguas volverán a su cauce. Dicen. No puede ser de otra forma. Esta tarde no hay Conferencias en el Salón de Actos o Jornadas Académicas. La semana anterior, un concierto de clavicordio. Canciones y Bailes. Desde Carlos V hasta Napoleón. Escaso público. Como siempre. Para el día siguiente hay prevista una Conferencia-Coloquio sobre la "Base ecológica de la lucha contra plagas", del Seminario de Agronomía. Es probable que los asistentes tengan la cabeza en otro lado mañana tarde. A las nueve se oye un mensaje del Rey, breve, en el que dice se respetará la legalidad vigente. Cunde la calma, aunque los Diputados continúan rehenes. Pero parece que todo se encamina hacia un desenlace en que la resistencia de Tejero será el único obstáculo. No hay en el bar ninguna celebración, sino una impresión de que la cuerda escapada de la carrucha entra en la guía de nuevo y todo quedará en una anécdota histórica que nos tocó vivir allí. Pero menuda anécdota. La cabeza de turco será cercenada. Las piezas huídas del mecano tienen que reconducirse a su sitio. Sin embargo, a las once, Milans del Bosch sale de

los cuarteles en Valencia con una división motorizada. Yo no me echo atrás en lo acordado. Aquí lo que hace falta es un par de cojones. La palabra y el honor lo son todo en mi código. Los tanques a la calle. A esa hora aún hay mucha gente en el bar y también en la sala de televisión a la espera del discurso del Rey. Si no tan trascendente como el que da nombre a la película, desde luego no una felicitación navideña. Los golpistas han evacuado poco antes TVE. Han estado aquí algunos padres de alumnos de poblaciones cercanas a Córdoba, pero casi ninguno de los colegiales se ha marchado. El Colegio, como institución, no ha hecho ningún comunicado informativo. Siguen llegando noticias que indican - cada vez con mayor certeza- que el golpe ha fracasado. A la una habla el Rey en la tele y es como si dijera: pueden irse ustedes a la cama que aquí no ha pasado nada. Mañana será otro día y tendrá que madrugar el que quiera ir a clase. Si llaman temprano a su puerta tengan por seguro que será el lechero.

Corolario a otro episodio nacional. Uno más. Entre nosotros hubo la lógica preocupación, pero nada apocalíptica. Principalmente porque nadie -o casi- se hacía la idea en su sano juicio de que la democracia tuviera marcha atrás. ¿Un gobierno de militares? Impensable. Pero es lo cierto, asimismo, que el clima no era de terrible inquietud en el caso de que hubiera salido adelante. Al fin de al cabo una parte cuantiosa de los que allí estaban se habían criado en un ambiente en el que Franco era como un segundo padre -no existía aún eso que se ha definido como la Memoria Histórica y su revisionismo- y los que daban el golpe pretendían -a su modo- restituir aquel régimen. Luego, ya cerca el relente de la madrugada, se fue yendo cada mochuelo a su olivo y la helada empezó a caer sobre el césped, sobre los tejados. Sobrevolaron la almohada ideas de tiempos pretéritos de cuartelazos y asonadas. De chispas que traen el incendio. Y la imagen de un monarca con uniforme de Capitán General que aquella noche se ganó el trono. Para tranquilidad nuestra. Poniendo a salvo la vida agradable que llevábamos en el Colegio Mayor. Y el siempre dudoso e incierto futuro.

Aquella interminable tarde -y noche- en el bar del Colegio nos hizo sentirnos como más cercanos unos a otros. Y charlaron entre sí -de forma mucho más próxima- gente que apenas se tenían en cuenta antes. Unidos por un misterioso eslabón afectivo que suelda a los hombres ante la zozobra común, cuando el peligro presentido sobreviene a todos por igual. Como testigo de esa situación que vivimos, digamos, tan excepcional, solicito -como un recuerdo indeleble- la Marcha que oí en la radio de Rafael el Barman aquella tarde: La de los Voluntarios Catalanes que fueron

a la Guerra de África en 1.859. Con el General Prim -de Reus, nada menos- a la cabeza. ¡Soldados -y eran catalanes como él-, podéis abandonar los morrales porque son vuestros, pero no la bandera porque es la Patria! ¿Vais a permitir que los moros tomen el estandarte de España? ¡Yo no! Y se lanzó a caballo contra las filas enemigas cuando más apretaba el parto. Victoria en la Batalla de Los Castillejos. Huelga decir que la enseña era la roja y gualda. Han cambiado las cosas desde entonces. Sobran las explicaciones. Pero en muchos, aún sigue en pie el nervio sentimental que vibra con el latido de España -a pesar de sus sombras- y su emoción de nación antigua y orgullosa. O lo que, siete lustros después, va quedando de ella. ¡Coño! Que no hay expresión, quizás, más española que esa.

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

[ignaciobenju@gmail.com](mailto:ignaciobenju@gmail.com)